

JORGE EL HERRERO.

(LEYENDA PARA EL PUEBLO)

(CONTINUA)

Los niños dormían con esa confianza y ese reposo exclusivo á los primeros años de la vida.

Manuel, el mayor, tenía abrazado á su hermano, y una sonrisa burlona, expresiva, plegaba sus labios de cuando en cuando: soñaba!

¡Qué soñaría!

Nos apartaremos del mundo real, si así place á nuestros lectores, y entraremos en ese mundo no poblado, desconocido y fantástico de los sueños.

Manuel y Juanito tenían la costumbre de no acostarse sin haber dado ántes las buenas noches á su padre; escuchar de los labios del herrero alguna frase cariñosa, y un consejo á la vez, que siempre tenía por objeto robustecerlos moralmente para que soportaran con valor los trabajos de una difícil situación, consecuencia natural del organismo de las sociedades, y no el resultado de una voluntad ó un capricho de la Providencia. A propósito, queremos dejar aquí consignada una idea.

Los desgraciados generalmente confunden á la casualidad con la Providencia, y en situaciones angustiosas para ellos, atribuyen á la última las peripecias de que solamente es responsable el egoísmo de los hombres.

La sociedad no es una madre, sino una madrastra. Los huérfanos de las comodidades sociales ó ventajas materiales, echan on cara á la Providencia la falta absoluta de ellas. ¿Podrá meterse Dios en estos miserables detalles que acontecen á cada individuo? ¡Oh! no, á menos que no nos fraguáramos un Dios tan raquítico, mezquino y tomínoro (permítasenos la frase), que encontrase placer (como si esto fuera posible) en atormentar á una criatura que él creó.

Lo repetimos, las malas circunstancias de un individuo, son obra de la casualidad por una parte, de la sociedad por otra.

No hay que tomar al texto aquellas palabras de Jesús: "No se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios." Ellas encierran un gran principio moral, pero no quieren decir que EL es causa de todo lo que nos acontece.

Para salvarnos de esas malas situaciones, fundémonos mejor en este principio salvador y divino, emitido también por el Mártir del Gólgota, por el hombre, en su, de la Jueda, antiguamente crucificado: AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS.

Artesanos!

Amaos los unos á los otros, y así conseguireis libraros de situaciones angustiosas.

Formad sociedades, socorredos mutuamente en las penalidades de la vida: sed todos para uno, y uno para todos, y así habreis combatido la hidra de la miseria, y venceréis al león de la vanidad..... es decir, al rico, que os desprecia y que solo vé en vosotros el vil sirviente á quien paga y aparta lejos de sí.

Obreros!

Sed siempre dignos, activos, inteligentes, honrados, cumplidos y filantrópicos, y sereis los dueños del porvenir y el rico os mirará con respeto.

Decíamos que Manuel soñaba. Soñaba lo que sueñan los niños.

Un día puro, esplendente..... un sitio delicioso, un verdadero oasis, en que él, Manuel, corría en compañía de otros niños de su edad, por un campo sembrado de verde musgo, bordado de preciosas flores y á cubierto de los calientes rayos de un sol primaveral, merced á la sombra que proyectaban árboles gigantescos.

Manuel apostaba carreras con sus traviosos compañeritos, y como generalmente sucede en los sueños, cuando éstos son halagadores, Manuel era el vencedor en estas carreras, y obtenía por premio de su agilidad y ligereza, que niñas de su edad, coronaran su frente con guirnaldas tejidas por ellas mismas..... Y por eso Manuel sonreía, porque estaba orgulloso de haber vencido á sus pequeños rivales y ser premiado en presencia de ellos, por la más rubia y bella de las niñas.....

Acaso en su corazón, por un descubrimiento anticipado á su edad, por un destello prematuro del amor, de ese sentimiento que labra con la misma facilidad nuestra dicha como nuestra desgracia, germinaban esas primeras vagnedades, esos preludios queridos del amor infantil..... amor que deja en nuestra alma una simiente sin eflorescencia, pero que muchas veces nos es grato remover.

Además de la corona, premio acordado al vencedor, los niños vencidos opinaron por que Manuel diera un abrazo á la rubia niña que colocó el laurel de la victoria en su frente.

—Vamos, Angelita, abraza al vencedor, dijo un niño de los vencidos, con voz en la cual se adivinaba un resto de tristeza por no haber sido él el vencedor.

Angelita miró de soslayo al niño, como queriendo decirle:—¿Tú tienes la culpa; ¿por qué no corriste mejor? Y en seguida, Angelita abrazó á Manuel con cierta satisfacción íntima, pues hasta á las niñas agrada